

LA VIOLETA

Por **LUISA ARMSTRONG**

NUEVE niños, chicas y muchachos estaban alineados en orden, listos para correr en el amplio patio de la escuela de la misión. La Srta. Jones explicó: "Voy a contar uno... dos... tres... ¡listo! Cuando yo diga 'listo' corran". Los niños estaban preparados. y había nueve pares de ojos negros fijos en el rostro de la Srta. Jones. Finalmente ella dijo: "Uno. .. dos. . . tres. ¡listo!" y todos corrieron. Pronto Rosa y Rizzi iban a la cabeza de los demás. Casi habían llegado a la meta cuando Rizzi se acercó demasiado a Rosa. Entonces ésta le dio un empujón y la hizo caer de bruces al suelo. La Srta. Jones suspendió la carrera, ayudó a Rizzi a levantarse, y tomando a Rosa por la mano la condujo a su oficina.



"Si Rizzi no se hubiera puesto en mi cansino -murmuró Rosa enojada frunciendo el ceño cuando entraron en la oficina-, yo habría ganado".

"Podrás salir a jugar cuando seas capaz de jugar correctamente", -dijo la Srta. Jones al cerrar la puerta. Rosa se sentó al lado del escritorio y se puso a contemplar las flores de color púrpura de la planta de violeta africana que estaba en el reborde de la ventana. Lamentaba haber empujado a Rizzi, porque de no haberlo hecho estaría divirtiéndose afuera en ese momento. Luego se dijo: "Me gustaría tener una flor como ésa".

Su hogar, una casita de un solo cuarto en una calle atestada, carecía de todo atractivo. El patio de tierra que la rodeaba, estaba tan pisoteado que era imposible hacer crecer el césped. Alrededor de la casa no había ni un solo árbol para protegerla de los inclementes rayos del sol.

La madre de Rosa se iba a trabajar de mañana temprano y ella, una niña de nueve años, quedaba encargada del cuidado de sus hermanos menores y de lo que pudiera hacer en la casa.

De repente se puso de pie de un salto. "Saldré ahora y me portaré bien... tal vez haya tiempo para otro juego".

Rosa se portó bien durante el resto de la tarde, en el camino de regreso a la casa, habló a sus hermanos y a su hermana acerca de la violeta de flores de color púrpura.

-¿Podemos verla nosotros también? -preguntó Pablo.

-Miren adentro cuando esté abierta la puerta, y podrán verla -respondió Rosa.

Al día siguiente ella y sus hermanos fueron los primeros en llegar a la escuela. Rosa trató de ser buena, y todo marchó bien por un tiempo. La Srta. Jones pidió a Manuel y a Rizzi que eligieran a los jugadores para un nuevo juego. El juego se llamaba "duende del agua". Un niño hace de duende entre dos filas de niños. Este le hace señas a un niño para que cambie lugar con otro que está al otro lado de la línea. Se espera que el duende tome a uno de los dos para que sea a su vez el duende.

A Rosa le pareció que el juego iba a ser muy divertido, pero los niños fueron escogidos uno por uno hasta que ella quedó para ser el duende. Eso no le gustó, de modo que le dio una bofetada a Rizzi. De cualquier manera a ella no le gustaba Rizzi.

La Srta. Jones volvió a conducir a Rosa a la oficina. Sentándose en su silla le indicó a ésta que se acercara.

-Rosa, ¿oíste hablar alguna vez de la regla de oro? Esa regla dice:

"Lo que queréis que otros hagan con vosotros, haced vosotros con ellos". Esta es la regla que Jesús nos dio. Piensa en ella, y cuando puedas usarla en el juego, ven con nosotros -le explicó la Srta. Jones y se levantó para salir. Al hacerlo, cerró la puerta.

Mientras Rosa estaba allí sentada en la oficina silenciosa, miró las hermosas flores y pensó: "tal vez

sería más fácil usar la regla de oro si siempre estuviéramos rodeados de flores. Ahora voy a salir, y recordaré que a mí tampoco me gusta recibir una bofetada".

Rosa se encaminó lentamente al patio de juegos donde estaba la Srta. Jones. La miró ansiosamente en el rostro y le preguntó:

-¿Podría tener una planta como la suya?

-Esa me la dieron -le respondió la Srta. Jones-. Espera un momento hasta que los demás niños se hayan ido, y entonces contaré una hoja para que tú misma hagas una planta.

Rosa llevó a Pablo, a Ramón y a Dina a la puerta de la oficina para que pudieran ver las flores mientras esperaban.

Cuando vino la Srta. Jones, cortó una hoja de la planta de violeta. Luego pasó el pecíolo a través de un agujero que hizo en un pedazo de papel grueso que colocó a su vez sobre un vaso, y se lo dio a Rosa.

-Cuando llegues a tu casa, llena el vaso con agua tibia, ponlo en una ventana donde no dé el sol, y cada vez que necesite agua, agrégale un poco más de agua tibia. Después de un tiempo vas a ver que del pecíolo crecen unas raicitas. Cuando veas esas raicitas, tráemela y te la pondré en una maceta.

Recuerda que va a llevar bastante tiempo hasta que la hoja eche raíces.

-Gracias -dijo Rosa sonriente, y llevó cuidadosamente la hojita a su casa.

Esa noche, cuando Rosa ayudaba a su mamá a preparar la cena, se esforzó por seguir la regla de oro.

Luego ayudó a sus hermanitos a acostarse. "A menudo se detenía para mirar su hoja. Esta le ayudaba a controlar las palabras ásperas.

Después de ese día, durante varios días jugó muy bien con los niños en la escuela. Pero un día, cuando estaban jugando al pañuelito, empujó a Pepe porque, a su parecer, corría muy despacio. Pepe se echó a llorar, y ella fue enviada de nuevo a la oficina. Sentía de veras lo que había hecho, pero ¡era tan fácil olvidar!

Cuando terminaron las clases ese día, le dijo a la Srta. Jones:

-Siento mucho haber sido tan mala. Yo no quiero ser así -y se le saltaron las lágrimas. La Srta. Jones la rodeó con su brazo y le dijo:

-Yo sé que estás procurando ser mejor. Debes recordar siempre la regla y cada día te va a ser más fácil.

-El lunes que viene es mi cumpleaños. ¿Cree Ud. que cuando tenga diez años podré portarme bien siempre? -preguntó Rosa.

-Siempre puedes procurar hacerlo -respondió la Srta. Jones.

El lunes siguiente, después de que llegaron todos los niños, la Srta. Jones dijo:

Hoy es el cumpleaños de Rosa. Cantémosle el feliz cumpleaños.

Todos cantaron con mucho entusiasmo, y eso hizo que Rosa se sintiera feliz.

Luego la Srta. Jones permitió que ella eligiera la historia y los juegos. El rostro de Rosa brillaba cuando eligió la historia acerca de Jesús y los niños. Después de la historia, los niños jugaron dos juegos que Rosa eligió.

Después que terminaron de jugar, la Srta. Jones la llevó a la oficina, pero esta vez no como castigo.

-Pasaré mucho tiempo antes de que tu hoja de violeta florezca, pero si la cuidas vas a conseguirlo. Pero me parece que necesita compañía -dijo la Srta. Jones, y le alcanzó a Rosa una plantita de violeta con diez hermosas flores rosadas-.

Esto es para una niña que está procurando con mucho empeño hacer lo que nos dice la regla de oro.